

Alina Plomé

Filosofías de la universidad y conflicto de racionalidades es una obra de reciente aparición, producto de un seminario internacional realizado en 1997 en la Universidad de Buenos Aires, de cuyo nombre surge el título del libro. Un texto riguroso y cuidadosamente compilado, en el que los trabajos seleccionados se concentran en el tratamiento y discusión de tópicos que refieren a la universidad, como el financiamiento, la autonomía, la evaluación externa, el desdibujamiento entre lo público y lo privado y el consecuente redimensionamiento de lo público universitario, por mencionar sólo algunos. La riqueza de los mismos radica en su mirada, ya que los autores, en su mayoría, realizan sus análisis desde la filosofía. A lo largo del tiempo, el objeto de estudio «universidad» fue abordado desde distintas disciplinas y perspectivas, como las Ciencias de la Educación, la Historia de las Instituciones, la Ciencia Política, la Teoría de las Organizaciones, la Historia Social, entre otras, pero son menos los estudios que han aparecido recientemente, donde la filosofía realiza el aporte mayoritario.

En esta manera poco usual de estudiar la universidad se abren nuevos interrogantes. Los autores parten de la premisa de que la universidad moderna es el lugar de la razón y por ende, de la construcción de la ciencia. Este es el elemento que la ha diferenciado y le ha concedido su autonomía, en la que, según Kant (1798) «sólo los sabios pueden juzgar a los sabios». Pero como se señala

en el libro, en la universidad de hoy ese cimiento ha cedido su lugar y en ella conviven múltiples racionalidades, las que por distintos motivos y en diversos momentos han entrado en conflicto. Para los autores, este conflicto se expresa, como lo van a demostrar claramente, en dos planos: uno, relacionado con los fines y objetivos de la universidad en el marco de su relación con la sociedad y el Estado, ya que de ser el reservorio científico de la Ilustración y el referente crítico de la sociedad, hoy sus fines aparecen más orientados a proveer servicios rentables, a formar profesionales aptos para satisfacer exitosamente las necesidades del mercado, con el telón de fondo de la globalización y las transformaciones sociales. El otro, se relaciona con la diferenciación de saberes dentro de la universidad y su correspondiente debate epistemológico, en la que conviven prácticas y tradiciones epistemológicas distintas, en un contexto donde la idea de universidad como lugar de la razón y de totalización del saber se encuentra cuestionada. Es el primer plano el que los autores abordan con mayor intensidad, aunque algunos trabajos remiten al segundo.

Con coherencia temática, los compiladores han dividido el libro en tres partes. En la primera («Racionalidades en conflicto»), los autores se concentran en la descripción y crítica de las racionalidades que ordenan hoy la institución universitaria. El trabajo de Francisco Naishtat, Ana María García Raggio

y Susana Villavicencio («La universidad hoy: crisis de esa buena idea») analiza la crisis universitaria desde la acepción griega del término *crisis*, ya que para los autores la crisis universitaria actual –en sus diferentes dimensiones– sobrea abunda en mediciones de todo tipo, pero adolece del juicio y la discusión filosóficas pertinentes. Esta situación se plantea de esta manera, en la medida que el supuesto epistemológico que subyace es el tratamiento de la educación superior como sistema y de las universidades como unidades funcionales en interacción. Como contrapartida a la respuesta sistémica, los autores plantean una ruptura epistemológica para analizar la crisis. A continuación, Jorge Dotti («Filosofía política y universidad: una aproximación») indaga sobre el tema desde la política universitaria en su doble acepción, como política de los saberes y como política de la institución frente a la política nacional, pero no como campos separados, sino como campos que se alimentan recíprocamente. Para Dotti la reflexión filosófica-política sobre la universidad debe atender las características del contexto que enmarca la política de los saberes y, a su vez, en la manera que ésta repercute en la relación que la política universitaria mantiene con la política nacional. Stéphane Douailler («El intelecto posible y la universidad») analiza la endogamia y la autonomía y la confusión que puede surgir entre ambos conceptos para pensar la diferencia universitaria. Desde su punto de vista, la autonomía no es suficiente, en la medida que no se le agregue su relación con lo público: el Estado, la república, la sociedad. En esta perspectiva, analiza el grupo de investigación sobre la filosofía, fundado por Derrida a finales de los

setenta. Willy Thayer («Universidad: saber crítico, producción, actualidad») parte de la pregunta de si hoy la universidad produce saber crítico. No obstante el carácter conciso de la pregunta, exige respuestas de las que se hace cargo sólo a través de otras preguntas, remitiéndose a la posibilidad de la crítica a través de un discurso metauniversitario. Se posiciona históricamente en la dictadura chilena para demostrar cómo la misma bloqueó la posibilidad de tomar distancia crítica ante la posibilidad de un interrogante sobre la universidad. Para Horacio González («La tradición crítica argentina frente al pensamiento como cálculo») la universidad argentina marcha hacia la destrucción del pensamiento tradicional para dar paso al pensamiento del cálculo o del «razonar calculista», que da lugar al lenguaje instrumental de las finanzas, la evaluación, la incentivación, los recursos, las herramientas y, todo esto a su vez, al currículum. Sostiene González que este último es un concepto que administra vidas y «tasa» los eventos intelectuales de un modo que combina «la astucia del vademécum y la autoindulgencia de las burocracias», en vez de ser el registro de una biografía de vida. Se detiene en la crítica a la evaluación externa, en sus parámetros y en la regresión infinita de quién evalúa al evaluador. Alexandra Theodoropoulou («¿Produce la universidad un saber crítico? De la crítica de la Academia a la crítica en la Academia») se hunde en la antigüedad griega para responder a este interrogante. Analiza las diferencias entre saberes técnicos y saberes de la ciencia y la filosofía, introduciendo en el mismo la cuestión del poder, para ir desplazándose hacia el análisis de la democracia, el espacio

público y la academia. Esto lleva a la autora a la diferencia entre verdad y opinión.

La segunda parte del libro («Crisis de la universidad y políticas universitarias») reúne trabajos que aportan diagnósticos y análisis sobre las universidades públicas en distintos países, atendiendo a sus matices. En esta segunda parte el común denominador es el término «crisis», en alusión a la situación que atraviesan las instituciones de educación superior. Michéle Gendreau-Massaloux («Las universidades públicas en conflicto») aborda distintas problemáticas en las que se halla inmersa la universidad francesa, reconociendo que para pensar la situación actual de la universidad, es preciso recurrir a la filosofía como condición del verdadero aprendizaje de todas las ciencias, ya que en ella está en juego una concepción de individuo, de sociedad y de valores que sustentan a una nación. Juan Carlos Portantiero («El sentido de la universidad pública») parte de la existencia de una profunda crisis de identidad y de sentido que afecta a la institución universitaria en general, a partir de las presiones hacia el cambio a las que están sometidas. Revaloriza la Reforma Universitaria del '18 como un hito que provocó una transformación intelectual y moral y, fundamentalmente, que ancló a la universidad en la sociedad y transformó la relación universidad-Estado a través de las formas de autogobierno que erigió. Sostiene Portantiero que para recrear el espíritu público, los universitarios necesitamos establecer un nuevo contrato con el Estado y con la sociedad. Alicia Camilloni («La universidad pública, hoy») profundiza en la idea de carácter público de las universidades, el que no se relaciona exclusivamente con su dependencia financiera respecto al Estado

sino en el sentido de su actividad. Este tiene que ver con el carácter del conocimiento que produce y trasmite, con la población atendida y con la misión y fines que tiene respecto a la sociedad, como con su historia y con sus reglas de funcionamiento. Bernardo Correa López («Voluntarismo y decisión comunicativa: la reforma académica en la Universidad Nacional de Colombia») analiza cómo la reciente reforma realizada en la universidad colombiana escapa a los tradicionales patrones de «modernización» y «racionalización», y cómo se emprendió con una revisión de los términos y conceptos con los que tradicionalmente se ha querido pensar a la universidad. De acuerdo al autor, esta reforma puso por delante la discusión filosófica que produjo un cambio de perspectivas, jerarquizó los problemas y cambió la manera de plantearlos. Carlos Ruiz Schneider («Educación, universidad y política en Chile») estudia detenidamente el giro hacia el mercado que se produjo en las universidades chilenas en la década del '80, como producto de la aplicación de las políticas neoliberales, convirtiéndose en el modelo que luego utilizaron los organismos internacionales como contrapunto a la tradición y al espíritu de las viejas universidades latinoamericanas. Pedro Krotsch («La dilución de las nociones de misión e idea de la universidad moderna: el papel de las demandas o finalidades asignadas») ahonda en la conflictividad de los fines de la universidad, revisando el pasaje de la universidad de elite a la universidad de masas o, como dice el autor, de la universidad con fines limitados a la universidad sobre-demandada con responsabilidades diferenciadas. Perla Aronson («El saber y las destrezas. Perfil de los graduados universitarios») pone el

acento en cómo algunos lineamientos de la Ley de Educación Superior, particularmente el modelo de graduado que propone –que se define en función de las exigencias del mercado laboral–, impone a las instituciones un tipo de formación distinta para los estudiantes. Esta formación ya no se orienta a la producción de conocimientos o a la comprensión de la realidad social, sino a un conocimiento concebido como un conjunto de destrezas que satisfagan las necesidades del mercado. A partir de reconocer esta situación desprende una serie de interrogantes a los que da respuesta en el trabajo. Augusto Pérez Lindo («Fundamentos de la universidad en una era sin fundamentos») comienza planteando una batería de preguntas para tratar de encontrar los fundamentos de la universidad en una época donde todos los fundamentos han sido cuestionados y las instituciones deslegitimadas. Con ese objetivo explicita una serie de factores que afectan a la universidad, productos de un mundo mutante y de cambios en los viejos paradigmas culturales, científicos, políticos y sociales.

La tercera y última parte del libro (Tradiciones y modelos en perspectiva) interroga la relación de la filosofía con la historia de la universidad, con el objetivo de pensar a ésta no desde un punto de vista empírico, como una cronología de acontecimientos, sino como filosofías de la universidad o como un conjunto de criterios que permitan pensar los modelos de universidad implicados en la historia reciente. Tamás Tóth («Universidad hoy: consideraciones breves para un estado de la cuestión») analiza las transformaciones de la racionalidad y por ende de la universidad moderna en tanto santuario de la razón. Sostiene que han

proliferado una multiplicidad de racionalidades, no sólo en América sino también en Europa y que la globalización amenaza la obra de la racionalización. El resultado es el imperio en la universidad de una racionalidad económica, tecnocrática, internacional y mundializada. Susana Villavicencio y Patrice Vermeren («El Estado y la universidad: de una orilla a otra del Atlántico») se ocupan de los modelos de la universidad alemana, francesa, argentina y norteamericana mostrando cómo las filosofías de la universidad no se traducen exactamente en la realidad y, en algunos casos, esta inadecuación, engendra las reformas. Arturo Roig («Filosofía y universidad») recrea la historia de la filosofía desde la academia platónica, recorriendo los divorcios entre filosofía y universidad hasta llegar a su unión definitiva en el Siglo XIX. Prueba de esto último son las universidades latinoamericanas que quedaron unidas a la filosofía como consecuencia de un Estado que necesitaba de ellas para justificarse teórica e ideológicamente. Nuevamente Tamás Tóth «Universidad europea y modernidad democrática») indaga en la relación indirecta entre tres entidades: la sociología, la universidad y la modernidad, y se propone hacer observaciones ante todo sociológicas sobre la faceta modernizadora de la universidad europea, partiendo de la crisis actual de la universidad húngara. Edgardo Castro («Filosofías de la reforma de la universidad») parte del análisis del texto kantiano El conflicto de las Facultades para interpretar ese conflicto como conflicto de racionalidades e interrogarse sobre la racionalidad de la universidad moderna y el rol de una filosofía de la reforma de la universidad, que consistiría en evitar planteos basados en una racionalidad técnica. Cecilia Sánchez («An-

versos y reversos de la universidad») toma como punto de partida, al igual que Castro, el texto de Kant, pero en este caso para establecer un contrapunto con Foucault, para quien la universidad es un aparato de saber –o de poder– «disciplinador», cuyas operaciones son la selección, la normalización, la jerarquización y la centralización. La «razón» de Kant es «disciplina» a los ojos de Foucault. La autora circunscribe el análisis al caso de Chile, inspirada en el positivista chileno Valentín Letelier. Por último, Emilio De Ipola («Un legado trunco») hace referencia a la carencia de ciertos debates durante la década del '80 –debates que venía sosteniendo la izquierda argentina– debido a la ausencia de una generación producto de las acciones de la dictadura.

Este ajustado recorrido a través de una obra tan rica en debates e interrogantes no intenta

ser una síntesis de los planteamientos de los autores, sino sólo unas breves alusiones para incitar a la lectura de este libro que llega a nuestras manos en tiempos en los cuales la universidad necesita repensarse a sí misma. En definitiva, se trata de un trabajo importante a tener en cuenta en el debate sobre la universidad; debate actualmente signado por la frialdad de los indicadores de eficacia y eficiencia, porcentajes y tasas, disputas por distribución de recursos, mediciones en metros cuadrados de bibliotecas para determinar parámetros de calidad, etc. Para superar la trivialidad de la discusión actual y para que los resultados de esa discusión repercutan en otras latitudes y perduren en el tiempo –como los debates de antaño–, los trabajos aquí reunidos aportan interesantes puntos de partida.